



José Mármol

A mi amigo Juan Carlos Gómez

Era de noche, y la una;

mudo silencio reinaba

y entre celajes la luna

muy débil luz derramaba.

Esa ciudad que en el mundo

la llaman Montevideo,

dormía en sueño profundo

como niña sin deseo.

Besaba el mar su cintura

como una fuente serena

que tiene en su linfa pura

bañándose una sirena.

A poco trecho delante

se vía la negra planta

de encapotado gigante

que con su tamaño espanta.

Y como tan alto estaba,

bien sabe Dios, parecía

que con los vientos hablaba,

y a las nubes les decía:

-Chito, duerme la señora,

y estoy yo de centinela;

dejadla que goce ahora

que harto sufre cuando vela.

Si de batallar con ella

vuestra voz la señal da,

aquí estoy yo a defendella,

pugnad, mi pecho aquí está.

Y era verdad, que los vientos

muy tímidos se alejaban

pues eran suaves alientos

los que en el mar deslizaban.

Brisas que se perfumaron

con margaritas y aromas,

cuando felices jugaron

de San Isidro en las lomas.

Única pobre primicia

que le regalan los aires,

¡al que hasta el aire acaricia

si pasa por Buenos Aires!

Así la ciudad dormía

sin viento ni recia mar.

Y en sus calles no se vía

ni un lampo encendido estar.

Y tan mustia, tan secreta,

tan libre de agitación,

se parecía al poeta

cuando llega la oración.

Hay alguien que está velando...

parece un ánima en pena...

va por las calles vagando...

su leve planta no suena.

Se para, sus ojos gira...

anda tal vez al acaso...

de cuando en cuando suspira,

y vuelve andar paso a paso.

Parece sombra sin vida,

o demonio disfrazado

que anda buscando guarida

y encuentra todo cerrado.

O espía de los abismos

que en medio a la oscuridad

viene lleno de embolismos

a endemoniar la ciudad.

¿O es ánima con zozobra

que deja la cordillera

para mirar una obra

de la sangre que vertiera?

Bien puede ser, por Dios Santo.

Esos esqueletos yertos,

de vivos se alzaron tanto

que temo se alcen de muertos.

Pero ese ser que camina

no es demonio ni soldado;

bien por su voz se adivina

que es un hombre y desgraciado.

Junto a elevado palacio

de tres hermosos balcones

se ha parado -y al espacio

da sentidas expresiones:

«Eres muy linda ciudad,

en verdad...

Pimpollo en noche lluviosa

que cuando venga el albor

será rosa,

llena de vida y olor.

»Veneciana seductora

que enamora

con su pecho de azucena.

Y al más tímido mortal

lo enajena

con palabras de panal.

»Y por eso te admiraron

y robaron,

tres piratas que los tres

a cual más quiso tu mano,

y a la vez

a cual más fue tu tirano.

»Más de todos el primero;

que el acero

de su viejo guante duro

dejó largo y hondo rastro

en tu puro

joven seno de alabastro.

»Pero viejo era el navío

que en desvío

te llevaba prisionera...

nave nueva lo siguió

y ligera

le dio caza y te salvó.

»Así estás libre, risueña

y halagüeña

como paloma en el mar;

tus hijos duermen en flores

de azahar

y sueñan dichas y amores.

»Y cuando viene la aurora

seductora

los ve levantar contentos,

cual las ebrias mariposas

que momentos

han dormido entre las rosas.

»Que el alba no tiene tintas

tan distintas

para matizar el cielo,

como tú tienes riquezas

de bellezas

para engalanar tu suelo.

»Que son tus hijas hermosas

como rosas;

y como la flor del aire

graciosas, cuando la brisa

con donaire

sube a la peña y la riza.

»Con el seno en tus celajes

de encajes,

y llenas de seda y blondas,

se muestran más voluptuosas

que las ondas

cuando juegan espumosas.

»¡Quién tuviese una siquiera

hechicera,

para olvidar en sus brazos

tantas penas tan amargas,

tantos lazos

y horas de vivir tan largas!...

»Tú tienes, ciudad preciosa,

más bellezas que un harén:

dame siquiera una hermosa

para reclinar mi sien.

»Diamantes entre ellos vi,

perlas también admiré;

dame siquiera un rubí

que yo diamante lo haré.

»Dame... pero qué me importa

tus encantos ni tus bellas,

¡si ya mi alma no soporta

ni el contemplarlas a ellas!

»Qué me importa si tu mano

no puede sin ser delito

mostrarme el ángel tirano

de mi corazón marchito...

»Haz que Dios dé maldiciones,

que el infierno brinde amor,

y saldrá de estos balcones

un suspiro de favor.

»Y no seré ya un ciprés

levantado en un jardín

o un esqueleto de pie

dentro de alegre festín».

Y huyó repentino

siguiendo el camino

de extraño lugar...

Tal vez a la muerte

quisiera por suerte

ligero llegar.

Y era de noche, y la una;

mudo silencio reinaba

y entre celajes la luna

muy débil luz derramaba.

Montevideo, enero de 1842

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo